de un juego insensato, ó en el precio de placeres inmundos, me estremezco de horror.

Pero quando hago reflexîon que de tantos gastos que me proporcionaban entónces tan pocos gustos, no me quedan ahora sino remordimientos, quando considero que con ellos hubiera podido socorrer á muchos míserables, consolar á millares de infelices, y dexar establecimientos útiles y benéficos, una justa indignacion se apodera de mi alma, me aborrezco á mí mismo, y me desprecio como el mas abominable monstruo de la tierra.

Que el Cielo, que se ha dignado de iluminar mi ceguedad, extienda á tí, Teodoro mio, sus benéficas y paternales luces. Tú tendrás la ventaja de abrir los ojos mas temprano que yo. Me parece imposible que una alma tan noble y sensible como es la tuya, no sienta la fuerza de estas cartas, y no se dexe arrastrar de las amables ideas que contienen. ¡Ay, amigo! abandonemos los errores que nos han cegado, huyamos de esas Ciudades que nos han corrompido, busquemos en la simplicidad de los campos, en el exercicio de la beneficencia, y en la práctica de todas las virtudes la paz y el consuelo, que no nos han dado el mundo y sus placeres. Pido al Cielo que estas cartas hagan en tu corazon el mismo efecto que en el mio, y que determinen á Mariano á venir quanto ántes á realizar en mi compañía imágenes tan dulces. ¿Pero por qué no me respondes? Me parece que tu respuesta tarda demasiado. Amigo, no me dilates noticias que aguardo con impaciencia, y que tanto han de contribuir á mi felicidad. Á Dios, Teodoro mio.

CARTA XXXV.

El Filósofo á Teodoro.

Teodoro mio: ¡Qué alegría, qué consuelo, qué felicidad! Dios derrama á manos llenas sobre mí sus misericordias. Apénas remití al correo mi última carta, quando un criado con paso presuroso vino á avisarme, que Mariano habia llegado, y que iba á entrar. ¡Mariano! grito yo, ¡Mariano! Apénas podia creer á mis propios oidos, y sin detenerme corro precipitado á recibirle.

Discurre, amigo, quál seria el movimiento de mi corazon, quando le vi en la antesala. El gozo me transportó de modo, que me quitó la voz para poderle hablar. Mis brazos fuéron mas veloces que mi lengua, y arrojándome entre los suyos, estreché con el corazon á este amigo tan deseado, á este amigo que me envia el Cielo, y que recibo de su mano. El hervor de mi sangre era tan impetuoso que no hubiera podido sostener su violencia, si la naturaleza no me hubiera socorrido, desahogándome con un diluvio de lágrimas. Sí, Teodoro, yo inundaba con mi llanto las venerables mexillas de este amigo de Dios, que va á serlo mio. Su alma sensible se enterneció tambien, viendo la expresion de mi alborozada gratitud, y experimenté un placer indecible, quando sentí caian sobre mi rostro algunas gotas de sus llorosos ojos.

Largo tiempo duró esta comunicacion recíproca de

afectos y caricias, y hubiera durado mas, si no hubiera conocido, que Mariano se desprendia de mí, pero fué para abrazar á mis dos hijos, que viéndome correr alborozado, viniéron tras mí, y estaban ya colgados de Mariano. Las amables criaturas viéndonos llorar, lloraban tambien, y al mismo tiempo reian. Mariano los besó y abrazó muchas veces, y despues de haber dado gran tiempo al desahogo de nuestros tumultuosos sentimientos, procuramos sosegarnos, y entramos en la sala.

Entónces dixe yo á Mariano: ¿Por qué, amigo, no me has avisado de tu venida? Yo esperaba que Teodoro me escribiera. ¿Por qué no me ha escrito? ¡Cómo, Mariano! Yo que te aguardaba con tanta ánsia, yo que temblaba todos los dias pensando en tu respuesta, yo que temia tanto, que no querrias abandonar tu modo de vivir, y que me hallarias indigno de tus buenos oficios y amistad, yo me hallo tan dulcemente sorprehendido; tú vienes de repente á anegarme en un torrente de felicidad. Amigo, ¿no has temido que tanta dicha tan impensada y repentina pudiese sofocar mi corazon? ¿Por qué no prevenirme? ¿por qué no haberme preparado? Yo creo ::: ¡Ay! ¿á qué vienes? ¿quál es tu intencion? ¿Vienes á hacer lo que Teodoro te habrá pedido en mi nombre? Que Dios mueva tu corazon, y que vengas para cerrarme los ojos, y recibir el don que te hago de mis hijos.

Yo le dixe todo esto con tanta vehemencia, y mis palabras salian tan atropelladas, que Mariano no podia ni interrumpirme ni responderme; pero viendo que habia acabado, con ademan de inquietud me dixo: Sosiégate, amigo: yo vengo para siempre, yo vengo á vivir y morir contigo, yo vengo á ser el Ayo de tus hijos, á que juntos amemos y sirvamos á Dios, y á que vivamos debaxo de sus paternales alas, aguardando el dia de la santa esperanza. Amigo, ¡que el Cielo proteja á los que va á cubrir este techo, y que fiados en su auxîlio van á unirse con el lazo de la divina caridad! ¡que su bondad los una de manera, que ni aun la muerte pueda separarlos!

Imagina, si puedes, querido Teodoro, quál seria mi gozo, quando le oí pronunciar este discurso. El llanto volvió á desatarse de mis ojos. Corrí á mis hijos, y trayéndolos á los pies de Mariano, los hice poner de rodillas, diciéndoles, que le reconociesen por su padre, que yo le cedia toda la autoridad y todos los derechos que la naturaleza me daba sobre ellos, que le besasen la mano en señal de la obediencia que le prometian, y que todos los dias por la mañana repitiesen esta señal de respeto como una renovacion de su promesa. Mis hijos lo hiciéron con alborozo y prontitud, pero tambien derritiéndose en llanto, y aquí empezó una nueva escena de ternura afectuosa, que es imposíble describir.

Aunque parecia que nuestra sensibilidad no podia ser mas viva, ni crecer en aquel momento delicioso, el buen natural de Félix redobló la mia; porque al mismo tiempo que por mi órden besaba la mano de Mariano, volviéndose á mí me dixo: Pues que vos me lo mandais, yo le prometo obediencia, y le reconozco tambien por Padre, pero que sea el segundo. Me parece que yo puedo tener dos padres, y no quiero que vos dexeis de

serlo mio. Sí, hijo mio, le respondí yo estrechándole contra mi pecho; el Cielo me hizo un don muy precioso, dándome un hijo de tan buen natural. No: jamas, jamas me separaré de tí, ni dexaré de serlo. Los dos seremos tus Padres, y Mariano lo será de los tres.

Despues que nos sosegamos, Mariano dixo: Un amigo, que se llama Don Antonio, y que me ha conducido en su coche, está fuera, permiteme que salga y te le presente. Corrí con él á recibirle, y encontramos en la antesala un hombre, que me pareció modesto y de agradable fisonomía. Le pedí perdon de haberle hecho esperar tanto tiempo, y acusando á Mariano de no haberme avisado ántes; y le hice entrar con todas las atenciones debidas.

Él nos dixo, que pensaba en continuar su viage aquella tarde. Le rogamos se quedase algunos dias con nosotros. Él se excusaba, diciendo, que el objeto de su viage era ir á América á desempeñar una comision del Gobierno, y que temia no alcanzar al navío; pero á fuerza de instancias conseguimos se quedase tres dias, en cuyo tiempo me pareció un sujeto muy instruido y de carácter excelente. Yo le dí á Ambrosio para que le acompañase, y le hiciese ver lo poco que habia en el Pueblo, y al cabo de tres dias partió, despues de haberse lamentado de la miseria de este Lugar, como de la de casi todos los que veia en el camino.

Pero el dia que llegó, y poco despues de su entrada, Mariano que deseaba hablarme á solas, me hizo seña de que hiciese salir á mis hijos. Mandé á un criado, que los llevase al jardin, y Mariano pidió á

Don Antonio, que los acompañase. Quando nos vimos solos, me dixo: Amigo, puedo darte otra noticia, que te alegrará incomparablemente mas. Teodoro está desengañado, convertido, y con un ánimo resuelto de consagrarse á Dios enteramente. ¡Qué me dices, Amigo! dixe yo. ¿Dios le ha tocado el corazon? Sí, me respondió, y tú has sido el instrumento.

¡Misericordias de Dios! volví á exclamar, ¡con qué abundancia llenais de vuestros favores á un indigno! Querido Teodoro, jamas podré explicarte ni definir yo mismo la especie de placer, que derramáron en mi alma estas palabras sobrenaturales y divinas. Allí sentí lo que nunca habia sentido, y lo que me parece no es posible sentir en la tierra. Yo me figuro que esta será la especie de placeres y delicias con que Dios forma la bienaventuranza de sus escogidos: parecidos á estos serán los gozos con que embriaga á sus amigos.

Yo quedé tan fuera de mí, que sin saber lo que hacia, me puse de rodillas sin poder articular otras palabras, que ¡Dios mio! ¡Dios bueno! ¡Dios misericordioso! pero entre tanto que mis labios maquinalmente las repetian, mi espíritu corria toda la extension de los innumerables y multiplicados beneficios con que la Providencia me favorecia. ¡Quántas y quán diferentes ideas me pasáron por la imaginacion! En primer lugar vi como representado en una miniatura el horrible conjunto de nuestra conducta desastrada, los errores de nuestro espíritu, los extravíos de nuestro corrompido corazon, y la infinita multitud de delitos, que han manchado nuestra vida estragada.

El espantoso aspecto de este quadro me hizo estremecer de horror; pero al instante y con la misma rapidez se me representáron, como en un espejo, todos los prodigios de la divina misericordia, los sucesos que una providencia paternal habia preparado para mi conversion; mi viage al Convento, el encuentro de mi Ángel tutelar, y mi Confesion y Comunion; la convalecencia del Extrangero, la resurreccion de Manuel, la conversion de Simon; y ahora la tuya, Teodoro mio, la tuya, que desde el instante que Dios se dignó de abrirme los ojos, se la he pedido todos los dias con la mayor instancia. Todo esto junto me producia una multitud de sentimientos tan vivos y violentos, que no podia soportarlos mi débil corazon. No sabia, ni podia mas que repetir: ¡Dios mio! ¡Dios adorable y eterno! ¡qué grande eres! qué bueno! ¡qué misericordioso!

Yo me sentia desfallecer, y Mariano sin duda lo entendió, pues levantándome por los brazos, me hizo sentar. Entónces empecé á preguntarle el cómo y el quándo de tu conversion, y atropellaba mis preguntas de tal modo, que le hacia la segunda sin esperar la respuesta de la primera. Mariano viendo el desórden de mis conmociones, me exhortó al sosiego, prometiéndome, que me lo contaria todo. Yo procuré reprimir los fuegos de mi vivacidad, y él me dixo:

Ya sabes que yo freqüentaba poco vuestra sociedad, y que aunque muchos de los que la componian eran mis parientes ó condiscípulos, y que nos habiamos criado juntos, vuestra vida profana, y la disolucion de vuestras costumbres me habian alejado de vuestra intimidad, y que no os buscaba sino quando el acaso ó la urbanidad de las atenciones lo exîgia. Habia pues mucho tiempo, que no habia visto ni sabido de ninguno, quando un dia me hallé con un papel de Teodoro, en que me decia: Yo estoy de quartel, y no puedo salir de Palacio ni pasar á verte; pero como tengo un negocio de grande importancia que tratar contigo, te pido que me vengas á ver. Causóme mucha extrañeza, que Teodoro, que nunca habia tenido conmigo negocios, los tuviese ahora. Su género de vida no podia acomodarse con la mia; pero como debemos estar prontos á todo, y para quanto podamos ser útiles, le respondí que iria.

Sentí mucho ir á buscarle á Palacio, porque este lugar me era desconocido, y me costó mucho trabajo y tiempo para encontrar su quarto. Como tampoco sabia las horas, llegué precisamente en el momento en que debia salir á hacer su deber. Á pesar de esto me hizo entrar en un gabinete, y haciéndome conocer que no podia detenerse, me pidió que le esperase, porque no tardaria en volver. Yo consentí, y él se fué. Pero, amigo, ¡qué diferencia advertí en su tono y figura! ¡qué distinto me pareció de lo que habia sido! Me quedé sorprehendido al ver una transformacion tan entera.

Ya conoceis aquella cabeza tan erguida, aquel ayre tan altivo y soberbio, aquel tono de satisfaccion y suficiencia, aquel estilo de pretension y superioridad, aquellos ademanes de gracia y ligereza, y en fin aquella desenvoltura y despego con que se distinguia entre los

mismos cortesanos; pues bien, amigo, todo esto habia desaparecido. Me pareció serio, modesto, con un ayre simple y descuidado, y con un semblante lánguido y pensativo, en fin tan diferente de sí mismo, que apénas daba crédito á mis ojos.

Lo que mas me sorprehendió, fué su lenguage; pues nunca me habia hablado, sino con aquel tono de burla irónica, con que los presumidos solapan el desprecio con la chanza. Sin duda que como yo no profesaba su ilustrada Filosofía, me miraba con lástima, me consideraba un pobre hombre de genio corto, que estaba alucinado con las ideas de la Religion; y quando las circunstancias nos hacian encontrar, apénas se dignaba de hablarme, ó si me hablaba, era muy de paso con mucha ligereza, y disfrazando el baxo concepto que tenia de mí, con las gracias del chiste ó del sarcasmo.

Por aquella vez me habló muy atento y comedido. Le observé un ayre de tanta urbanidad y cortesía, que no pude dexar de extrañarlo. Atribuí tanta mudanza á que tendria algun cuidado grave, y pensé que quizas me llamaba, porque podria serle útil: con este pensamiento me dispuse á servirle con todo mi esfuerzo. Para divertir el tiempo, miéntras volvia, despues de haberme calentado á la chimenea, me puse á reconocer y ojear los libros que tenia, y quando volvió, me halló en esta ocupacion.

Tenia yo en la mano un libro, que acababa de tomar, y que no habia visto todavia. Lo primero que me dice es: ¿qué libro es ese? Yo le reconocí, y le

digo, es un Voltaire. Le arranca con violencia de mis manos, y echándole en el fuego, dice: ¡Infeliz! ¡quánto daño has causado! Yo quedé confundido, oyéndole este discurso, y él conociendo mi sorpresa, continúa diciendo: ¿Tú te espantas, Mariano, de oirme hablar así? No lo extraño: es muy natural, y lo merezco. Pero ¡si supieras lo que pasa! Si supieras ::: pero es menester que lo sepas.

Amigo, yo estaba ciego, yo era insensato, yo creia saberlo todo, y era un necio. ¡Quánto hay que saber que no sabia! ¡quánto he visto, quánto he aprendido en pocos dias! ¡Con qué acasos, con qué sucesos prodigiosos, con qué circunstancias extraordinarias se ha dignado la Providencia de abrirme los ojos! Era menester todo este cúmulo de accidentes, y el modo particular con que los ha dirigido el Cielo, para que yo leyese lo que he leido, para que me pudiese desengañar, y que mi ceguedad antigua y obstinada llegase á ver la luz.

Yo estaba confuso, sin saber qué concepto formar de este discurso; pero él me preguntó: ¿Sabes de Manuel? Sí, le dixe. Me han dicho, que murió en un coche de repente. No, me respondió; así se habia creido, pero todavia vive. Despues me volvió á preguntar, si sabia de tí. Le respondí, que no. Y él me replicó: Pues sabe que ha pasado largo tiempo en un Convento, que allí ha hecho una Confesion general, que hoy está en uno de sus Lugares con el ánimo de vivir una vida christiana, y con el deseo de reparar sus escándalos pasados.

Amigo, no podrás concebir el efecto que me hi-

ciéron estas pocas palabras. La alegría y la sorpresa se disputaban la preferencia. ¡Qué! le dixe, ¿Dios ha tenido piedad y ha convertido ese ánimo rebelde, que parecia todo endurecido? Teodoro me lo volvió á asegurar, y yo no me pude contener. Me puse de rodillas, y cubierto de llanto levanté las manos al Cielo, exclamando lleno de alborozo: ¡Bendito sea el Dios de las misericordias infinitas! Observé al levantarme, que Teodoro tenia los ojos húmedos, y el semblante enternecido. Esto empezó á darme una idea de la verdad.

Yo le pedí, que me explicase, ¿cómo ó por qué medios habia hecho Dios este milagro? Él me respondió: No, no te diré nada: si quieres saberlo, lee las cartas que me ha escrito; y te prevengo, que no solo me encarga que te las haga leer, sino que entre ellas hay una destinada positivamente para tí. Yo le pedí, que me la diera para leerla; pero me respondió: No, no la verás sino á su tiempo. Yo haré contigo lo que él ha hecho conmigo. Él no ha querido que yo le respondiera hasta que él me avisara, porque decia, que deseaba, que yo estuviera instruido de todo, ántes de que le respondiese. ¡Y qué bien que hizo! ¡qué cuerda fué esta prevencion! ¡quántas necedades y blasfemias me ha cortado.

Lo mismo haré contigo. No quiero que sepas nada sino del modo que yo lo he sabido todo. Aquí tengo juntas todas sus cartas, que forman ya un volúmen abultado; deseo que las leas por su órden, y deseo leerlas contigo. No es porque yo no las haya leido muchas veces; pero

quiero volver á leerlas en tu compañía. Hazme pues el gusto de que las leamos juntos, y no me preguntes nada, porque ellas te instruirán mejor que yo.

Le respondí, que estaba dispuesto á hacer lo que me decia, y él me añadió: Pues siendo así, empecemos hoy. Yo tengo las noches libres, y puedo pasarlas contigo, sin que nadie se cuide de ello. Dias ha que las paso solo, y no me ocupo mas que en leer y volver á leer estas cartas. Las gentes que estaba acostumbrado á ver, se han sorprehendido, y no me han faltado algunas quejas. Yo las he despreciado, y he dado por pretexto una indisposicion. Con esto ya no vienen, podremos leerlas sin ser interrumpidos. Tú vendrás luego que anochezca, y toda la noche será nuestra.

Pero tus mismos criados, le repliqué yo, extrañarán de verme venir, y encerrarme contigo todas las noches; podrán imaginar, que tratamos alguna intriga, ó enredo. Tienes razon, me dixo; pero eso tiene fácil remedio. Ven, y levantándose me mostró una pequeña puerta falsa por donde se podia entrar y salir sin ser visto de nadie. Tambien me enseñó todas las entradas y salidas para que conociera los caminos, y dándome la llave, me dixo: Vé aquí con la que podrás abrir. Desde que llegues, no te detengas; abre y entra. Yo te esperaré, pero si acaso no me encuentras, espérame tú. Esa llave que ha servido tantas veces á exêcrables delitos, sirva una vez á proyectos de virtud.

Convenidos así en lo que debiamos hacer, volví la misma noche, y apenas nos saludamos brevemente, quando Teodoro sacó de una papelera todas tus cartas, y me